

matrimonio: fué tal la alegría que sintió, que su hermano mismo, á pesar de la cortedad de sus alcances, hubo de notarla, y le dijo en voz baja:

—¡Disimula!

Despues de esta advertencia, se separó de ella, y Aurora esperó en vano que se acercase de nuevo el Marqués: éste, que no sentía ningún interés hácia aquella jóven, se retiró en breve, cansado de la reunion.

Camila, como he dicho, se hallaba algo mejorada del ataque que acababa de sufrir.

Algunos dias despues de haberse quedado en cama, se levantó: pero la fiebre no la abandonaba y su buena y cristiana madre, incapaz de dejarse engañar por esta ficticia mejoría, solo esperaba el instante de perderla, y en el fondo de su alma ofrecia á Dios la mitad de su vida, si prolongaba algunos meses más la de su hija.

## XI

Amelia, aquella niña mimada y voluntariosa, pero generosa y noble, llegó á apasionarse profundamente de su señorita de compañía.

Isabel, con su gracia, con su carácter dulce y complaciente, se ganó la voluntad de la jóven, que solo veía por sus ojos, y que seguía todos sus consejos.

Además Isabel, con su nuevo traje, aparecía encantadora; tan encantadora, que la anciana Duquesa y su hija la miraron llenas de sorpresa.

Una tarde que Isabel bordaba una gorrita de levantarse para Amelia, le dijo ésta:

—Isabel, ¿la enojaria á Vd. que la llamase de tú?

—¡A mí! todo lo contrario, señorita, repuso la jóven: así creeré que me quiere Vd. más.

—Te quiero con toda el alma, y ya ves qué pronto empiezo á tomar la franqueza que me das; pero seguiré usándola con una condicion.

—¿Y cuál?

—La de que tú, cuando me hayas de nombrar, me digas Amelia, y no señorita.

—¡Imposible! exclamó Isabel realmente asustada ante aquel capricho de la niña: imposible, señorita.

—¿Y por qué?

—Porque yo soy una persona que está al servicio de Vd., y no su igual: bastante buena se ha mostrado Vd. conmigo, apeándome el tratamiento.

—Pero, dijo Amelia, ¡tú eres de buena familia!

—Sí, señorita: mi familia no era rica, pero sí de limpia sangre y muy honrada.

—¿Cómo es tu apellido?

—Megía.

Isabel respondió así casi maquinalmente, y sin pensar en que descubría á su primo.

—¡Megía! repitió Amelia: ese es el apellido de German.

Isabel se puso muy colorada y bajó los ojos.

—¿Sois acaso parientes? preguntó la jóven.

—Sí, señorita, respondió la jóven con mal segura voz.

—¿Por qué te turbas? ¿qué tienes?

—Tengo pesar de haber descubierto lo que él quería que quedase secreto.

—¡Es verdad! cuando entraba aquí apenas te miraba! ¿por qué hacia eso?

—¡Cómo yo soy tan pobre!

—¡Oh! ¡pero eso es infame! exclamó Amelia, cuya alma generosa se indignaba ante todas las bajezas.

—¡Señorita, repuso Isabel con tristeza, dicen que eso es lo natural, y lo que sucede cada día: el rico y feliz desprecia al pobre y desgraciado!

—¡No lo creas! exclamó Amelia: el que te haya dicho eso, ha mentado de un modo infame!

Luego, como obedeciendo á un pensamiento que la dominaba, preguntó:

—¿Hace mucho tiempo que no ves á tu primo?

—Desde que llegó á Madrid: su madre me recogió, y me tuve en su casa desde que quedé huérfana.

—¿Luego te has criado al lado de German?

—Sí, señorita.

—¿Y entonces se portaba mal contigo?

—¡Oh! no, señorita, repuso Isabel con su na-

tural sinceridad: entonces queria casarse conmigo.

—¿Y tú le querias?

—Yo le queria como á un hermano; pero le rehusé para esposo, porque no reunía las condiciones que yo considero indispensables para serlo bueno.

—Tienes razon, Isabel, dijo Amelia con tono penetrante: ese hombre debe ser muy mal esposo.

Las dos jóvenes departian así, sentadas en una gran galería de cristales: al fin de ella se abria una puerta que comunicaba con las habitaciones de la anciana Duquesa.

En aquella galería se habian colocado multitud de macetas, por consejo de Isabel, y ella misma cuidaba las plantas y las flores, con una solicitud llena de ternura y de interés.

Era un sitio delicioso, en el que Amelia gustaba de trabajar y de estudiar.

La puerta que daba á las habitaciones de la Duquesa se abrió, y en el dintel apareció ésta, acompañada de un caballero joven y gallardo.

Era German.

La Duquesa se adelantó apoyada en su brazo.

Amelia se preparó como para dar una batalla.

—Aquí te traigo á este amigo, que desea verte, dijo la Duquesa á su nieta: pero, añadió, volviéndose á él: querido Megía, no tiene Vd. de qué quejarse, pues yo misma no conozco á mi nieta: el gasto de la modista se ha disminuido en una mitad: ahora lee, estudia el piano y hasta borda! yo no sé á qué atribuir esta feliz metamórfosis, como no sea á los consejos y al ejemplo de esta señorita.

Y la Duquesa señaló á Isabel, que se hallaba encarnada como una cereza y con los ojos fijos en su labor.

—El Sr. Megía conoce á esta señorita mejor que nosotras, mamá, dijo Amelia, clavando una mirada severa en German, que á su vez se puso sumamente pálido.

—¡Cómo! ¿Qué dices, niña? preguntó la Duquesa.

Amelia, en vez de responder, volvió á mirar á German, y le dijo:

—Caballero, no sé si habrá Vd. pensado rebajarse á mis ojos porque yo supiera que era pariente de esta señorita: pero creo que sí, y por lo mismo no puede entenderme quien tiene tan mala opinion de mí.

—¡Pariente de Isabel! ¿Será posible! exclamó la Duquesa: ¡já la verdad, que no lo comprendo, hija mia!

—Pues nada hay más sencillo, mamá: este caballero es primo hermano de Isabel.

—¿Y quién te lo ha dicho?

—La misma Isabel, pero sin querer: por tanto, caballero, no la mire Vd. con torvos ojos: desde hoy está bajo mi amparo y protección, y será mi mejor amiga: á Vd. le suplico que no vuelva á molestarnos con su presencia: vamos, Isabel.

Esta, aturdida, confusa, dejó su labor. Amelia la tomó del brazo y salió con ella.

En aquel momento la campana del portero avisaba la llegada de una visita, y un instante despues anunció el criado de la antecámara:

—La señora Doña Aurora Megía.

—¡Dios mio, qué es esto? los Megías se multiplican hoy en mi casa: murmuró la Duquesa, saliendo á recibir á una bella jóven que entraba, en tanto que German se retiraba á un lado avergonzado y confuso.

—Señora, dijo Aurora, saludando á la anciana dama con una cortesía: ante todo suplico á Vd. que me perdone si me tomo la libertad

de incomodarla: el motivo de mi visita es el de preguntar á Vd. si es cierto que está en su compañía y á su servicio una jóven que se llama Isabel Megía.

—Sí, señora, repuso la Duquesa: ¿desea usted verla?

—¡Oh, señora, muy feliz seria si pudiera lograrlo! ¡lo deseo tanto!

—¿Es acaso?...

—Es prima hermana mia: huérfana ella de padre y madre, en mi casa se educó y la amaba como á una hermana... ¡pero German, tú aquí! ¿y nada me dices?

—¿Conoce Vd. también á este caballero? preguntó la Duquesa echando sobre el vanidoso jóven una mirada, que lo anonadó.

—Señora, es mi hermano.

—¿Y, cómo Vd., primo de Isabel?

—¡Sí, señora!

—El no ha querido confesar el parentesco, observó la Duquesa, y eso que debia envanecerse mucho de tener en su familia una jóven del mérito de Isabel: Vd., señora, ha obrado más noblemente: caballero, prosiguió volviéndose á German: suplico á Vd. que se retire: voy á hacer llamar á Isabel, y la vista del parien-

te ingrato, que reniega de ella, no podría menos de afectarla.

German, confuso, saludó torpemente y se retiró con paso inseguro.

La Duquesa hizo sonar un timbre.

—Que venga la señorita Isabel, dijo al criado que se presentó.

Un instante despues, entró la jóven.

Amelia la seguía.

—¡Aurora! exclamó Isabel corriendo á los brazos de su prima: ¿qué, al fin te veo? ¡me parece mentira! ¿te has casado? ¿eres feliz?

—Ya estoy viuda, repuso Aurora con un tono que todos sus esfuerzos no pudieron hacer triste: viuda y sola: así, prima mia, si estas damas no se oponen á ello, vente á vivir á mi lado, pues para eso he venido á buscarte.

—¡Separarme de Isabel, eso jamás! gritó Amelia acercándose con su gesto más imperioso: señora, si para llevársela ha venido Vd., ojalá que se hubiera hecho la desconocida como su hermano!

—Señora, dijo la Duquesa haciendo sentar á Aurora: mi nieta está acostumbrada á la compañía de esta señorita: si ella no lo lleva á mal, yo quisiera que continuara habitando con nos-

otros: ¡es tan bella, tan buena! en los pocos dias que hace que está á nuestro lado, la casa entera ha sufrido una trasformacion extraordinaria: se gasta ménos: mi niña es más juiciosa, todo va mejor, porque ha tomado á su cargo hasta el gobierno interior de la casa, que maneja de un modo admirable: antes cada uno hacia lo que le parecia: hoy nadie hace más que lo que debe: esta es la verdad.

—Señora, repuso Aurora, sé lo que vale mi prima, por más que la bondad de Vd. exagere este mérito: ¡pero yo vivo tan sola!

—¡Y yo tambien vivo sola! repuso Amelia sollozando.

—Pero Vd., señorita, segun he oido, va á casarse, repuso Amelia fijando en la jóven una mirada escrudiñadora.

—¿Yo? ¿á casarme yo?

—Ciertamente: con el Marqués del Prado.

—Eso está aún por ver: lo que yo quiero ahora, es vivir con Isabel... escuche Vd.: antes era muy desgraciada, aunque esto parecerá imposible ¿verdad? pues sin embargo, lo era, y mucho: ¡tengo yo demasiado orgullo para hablar con mis doncellas, y estas eran las únicas jóvenes que habia en casa! mi abuelita me quie-

re mucho, y yo tambien á ella: ¡pero como es tan viejecita, no nos podiamos estender! ¡claro está! mi papá me adora... pero sucede lo mismo... me trata como á una niña, y en Isabel tengo una amiga que no dejaré por mi gusto: si ella se empeña en dejarme, es otra cosa: yo no tengo ningun derecho para conservarla á mi lado.

—No, señorita, repuso Isabel: despues de las muchas penas que he sufrido, he hallado-al lado de Vd. la calma y la felicidad, y no seré yo quien me separe voluntariamente de su lado: aquí soy dichosa, porque soy amada, y aunque mi prima me ama tambien, no debo abandonar á Vd. por ella.

—Veo que es inútil el pensar en tenerte en mi compañía, dijo Aurora: me retiro; pero aquí tienes las señas de mi casa, añadió dándole una tarjeta: no dejes de verme alguna vez, y de acudir á mí si algo te falta.

La jóven, dicho esto, saludó con alguna frialdad á Amelia y á su abuela, y salió de la habitacion con paso lento y triste.

—¡Sola, Dios mio! exclamó: ¡yo no sé qué vacío hay en mi vida y siento dentro de mí! ¡oh, madre mia!

¡Dios mio! ¡madre mia! hé aquí el grito de

todos los corazones angustiados: pero Aurora, al dejarlo escapar, sentía un dolor agudo: el dolor de los remordimientos, que no permite ni aun la esperanza en el ruego.

Bajó la escalera y subió al elegante carruaje que habia tomado por meses, y que le costaba más de tres mil reales cada treinta dias.

—Yo necesito ver al Marqués, se decia: lo necesito: ¿pero cómo lograrlo? ¿por qué siendo libre, jóven, bella y con alguna fortuna, soy tan desgraciada? ¡la compañía de Isabel me hubiera sido tan provechosa! ¡me hubiera hecho tanto bien! ¡pero ella recuerda que abandoné á mi madre y me desprecia! ¡lo conozco! ¡lo veo! ¡lo siento en mi corazon!...

Doña Ursula llegó á casa de sus hermanos al dia siguiente de salir de ella Isabel en busca de la religiosa que la condujo á casa de la Duquesa para hacer compañía á Amelia.

Fué recibida con bastante mal humor por parte de su cuñada la gruesa Doña Escolástica, la que, al preguntarle por la pobre huérfana, le respondió:

—Tu hermano te dará cuenta de ella.

—La entregué á la superiora de las hermanas del hospital general, repuso Don Ciriaco.

—¡No tienes tu malas hermanas! refunfuñó airada su esposa.

—¡Calla, mal pensada!

—Mal me quieren mis comadres porque digo las verdades.

—Mentiras es lo que dices tú.

Doña Ursula dejó á los dos esposos en su reyerta, se puso su mantilla, y se dispuso á ir en busca de la superiora.